

donar la zorrera en un día en que los trigos ya están granados, é internarse en los campos, que por dicha época están atestados de seres vivientes. Hasta que empieza la siega permanecen en los panes, y ciertamente que no podrían hallar sitio en que pudieran vivir más ocultos, ni donde tener más provisiones; pero así que llega la hoz á funcionar se retiran, no ya á la zorrera, sino á la parte más recóndita del monte y en lo más espeso. Á fines de octubre ó en noviembre se disuelve toda la familia, empezando cada individuo á vivir por su propia cuenta, á pesar de que los zorrillos no se hallan completamente desarrollados hasta el tercer año.

Los zorros viven en cuevas, que, ó bien las construyen al efecto, ó se aprovechan de las que encuentran abandonadas, si no les ocurre desalojar de la suya á algún tejón, lo que consiguen ensuciándose en las bocas de entrada, ó bien viven con él en buena armonía.

II

Lo primero que debe hacerse en un coto de caza, cuando se nota que se va despoblando por causas que nada tienen que ver con la caza misma, es indagar si existen en el terreno zorros ú otra clase cualquiera de animales de rapaña.

Muy fácil es á los aficionados á este género de observaciones útiles el darse cuenta en la estación de nieves de los destrozos que pueden ocasionar esos facinerosos nocturnos durante meses y años enteros. Sus idas y venidas en una sola noche revelan á las claras el daño inmenso que ocasionan en todas partes, y especialmente en terrenos destinados á nuestros recreos venatorios.

Dejando hoy á un lado á los diversos individuos de esas funestas familias de cazadores furtivos, que no dejan el acecho en ningun día de los doce meses del año, como los gatos monteses, las garduñas, los lobos y las comadrejas, nos ocuparemos de una manera exclusiva de los zorros, especie que es la más abundante, la más perjudicial y la más difícil de combatir, contra la cual no hay más que un medio terrible y eficaz de destrucción.

Este medio consiste en el veneno llamado *sulfato de estriquina*.

El efecto es seguro; y aquel polvillo blanco, en dosis pequeñísima, como media toma de rapé, mata instan-

táneamente al animal en el mismo sitio en que lo toma.

Hé aquí el procedimiento que se emplea para conseguir el apetecido fin. En incisiones bastante profundas y practicadas en la carne de muchos mirlos, se introduce un poco de estriquina, cerrando la abertura con el mayor esmero posible, para que el zorro, símbolo de la astucia, como es sabido, no se aperciba de la operación hecha en el ave. Para quitar á este cebo toda clase de olor á hombre, se frota antes los dedos con un trozo de alcanfor, precaución suficiente y que engaña á los zorros á las mil maravillas.

Como nada hay más fácil que seguir, en tiempo de nieve, la pista de aquéllos, se buscan los sitios que frecuentan, y allí se colocan de trecho en trecho los mirlos, ó cualquier otra clase de pájaros envenenados. Una vez tragado el veneno, la muerte, como se ha indicado, es instantánea, y nosotros hemos visto á cinco pasos del cebo al animal con los miembros rígidos, las mandíbulas separadas y las garras como puntas de acero: todo indicaba que el zorro había expiado en una corta agonía, y en medio de horribles dolores, toda una vida de rapaña y llena de sangrientos episodios.

Hay zorros que se llevan el pájaro á otra parte, cuando el hambre no les hostiga, para comérselo allá en el fondo de algún espeso matorral; en cuyo caso son casi infructuosas las pesquisas que se hagan con objeto de descubrirle. El único indicio precioso que puede hacerle traición son las plumas del ave, porque el zorro es muy refinado en sus gustos, y acostumbra á desplumar la presa con un primor más grande que el de un buen cocinero.

Poniendo en práctica una observación que se ha hecho de tiempos atrás sobre las liebres, se ha ensayado también con grande éxito para atrapar á los zorros. Sabido es que cada vez que se coloca un objeto nuevo ó inusitado en un llano ó sitio cercado, no deja nunca la liebre de volver á la noche siguiente, porque la curiosidad la impulsa de un modo irresistible á asegurarse de la naturaleza de una cosa que no ha visto nunca. Pues bien: el zorro obedece á los mismos instintos. Una planta de cardo, una rama clavada en tierra, ó dos ó tres haces puestas de pie, atraen su atención y su presencia: van allá, no se sabe por qué; pero el caso es que van irremisiblemente. Puede, por lo tanto, colocarse allí el cebo; y, si esto no fuera bastante, sembrar el camino que hasta él conduce con trozos de arenque ó de cualquier pescado salado, por el que los zorros deliran en toda la extensión de la palabra.



UN DIALOGO MUDO, POR JERICKE



Caza de la zorra en Inglaterra, por Gómez Soler